

JORGE DÁVILA VÁZQUEZ

La luz en el abismo
y otros cuentos



El narrador cuencano JORGE DÁVILA VÁZQUEZ es el minucioso picapedrero de lo cotidiano.

Su cuentística fluye entre las buenas conciencias provincianas y la depurada técnica universal del relato. Se apropia de todo lo que ve para dejar constancia de una época mojigata y egoísta.

Ha cultivado con gula el cuento breve y ha logrado aquello que es patrimonio de los buenos narradores: una impronta que lo singulariza y hace que el lector identifique sus estampas como las de un artista inconfundible.

IVÁN ÉGÜEZ

*A Eulalia, mis hijos y mis nietos,
a mi familia toda, con amor.
A mis amigos, presentes en cada página de
estos cuentos;
a mis lectores, con gratitud y afecto.*

VIERNES SIN HISTORIA

Ella miró el canario en la jaula, con indiferencia, se asomó a la ventana, y la polvareda que se levantaba fuera, levantó a lo lejos unas faldas y unos recuerdos, que sin querer se llevó los dedos a los ojos, como para protegerlos o sacarse una tierrita.

–El viento que hacía volar las cometas, rumió.

–¿Qué dices? preguntó la hermana.

–Hace viento, dijo acre.

–Entonces, no abrirás la ventana. Insinuó.

Pero Victoria la abrió.

Mercedes tejía una colcha interminable en hilo de dos colores.

–Y abriste, susurró.

–Cállate, dijo Victoria, y sintieron afuera los pasos, como si alguien viniera del granero, pero igual podía ser el viento o el sol en la arena y las piedras del camino.

–¿Y por qué voy a callarme?

–Pueden oírte.

–¿Y qué?

–No quiero. Y no me sigas tocando.

–¿Por qué?

–Pues porque ya está bueno, y se acabó, entiendes, somos primos y no está bien.

–Pero es lindo.

–Qué lindo ni qué alforjas. Y ahora, lárgate por la puerta de atrás.

Ella se compuso las faldas. Se arregló el pelo y procuró quitarse algunas cañitas secas de cebada. Después se quedó inmóvil.

–El lunes se va, pensó, hoy día es viernes. Y permaneció con la vista fija en sus manos como recién escapadas de las manos de él.

–Estas manos mías están cada día peor, el reumatismo me va a matar, murmuró. Oyó la risita apagada de Mercedes y se volvió furiosa.

–Sí, ya sé que te haría mucha gracia que me muriera, ya sé, ya sé, gritó.

La otra levantó la vista del tejido.

–¿Sabes de qué me río?, dijo, me acordé sin motivo de la vez que nos emperifollamos para irnos al santo de la Balbina y papá nos dejó con los churos hechos.

Ella se erizó.

–Ah, si papá para vos era el cuco ¿no es cierto? Nunca lo quisiste.

Mercedes la miró brevemente.

–No digas eso. Dijo con suavidad.

–Es así, es así. Afirmó la otra.

–Cómo te imaginas Victoria...

–Y si no, ya verás, la otra semana te vas y esto se acabó.

–Oye, volvamos al trigo, como de mañana.

–No.

–¿Sí? Era casi una súplica, y le puso la una mano entre la mejilla y el cuello, después le tomó, con la otra, atrayéndola. Ella quería decirle que la cometa roja se escapaba, que no soltara el hilo, que se iba, que

se iba, pero ya habían empezado a volver hacia el montón de paja de cebada.

La tarde amenazaba trizarse en un cielo rojizo como teñido por alguna cometa prófuga.

Desde donde estaba ella, sentía todas las cosas, todos los ruidos, toda la vida del mundo. Con la cabeza del primo Rafico ardiéndole sobre el pecho y su cuerpo entremezclado al de ella, vio la luna como una rajadura milagrosa en el cielo anaranjado-ceniza y fue feliz.

El crujido del polvo en el viento de agosto y el poblarse de ruidos de la noche, esa sola estrella junto a un trazo de luna, iban a quedarse para siempre en su memoria, pensó.

—Además, no me acuerdo de nada, dijo. Puede que sea como vos dices, aunque no creo, porque papá no era un verdugo, sino un santo, solo que vos claro...

—No empieces otra vez.

—Bueno, lo que te digo es que no me acuerdo de nada y cada vez estoy peor. Se volvió para cerrar la ventana y le pareció que el polvo crujía tibiamente en un viento venido de muchos agostos atrás, que la noche se llenaba del rumor de otros grillos y otros bichos y que el cielo había vuelto a trizarse en una imperceptible rajadura de luna.

(De *Los tiempos del olvido*, 1977)

HERMENEGILDO

La campanilla, la reja, los ojos del lego, su mano aferrándose al rosario, haciéndose daño con la cruz, sangrando.

Señorita Miche, buenos días, en qué puedo servirle señorita Miche. Y cuando exponen al Amigo Sacramentado, acúseme padre, yo pienso en esa persona, y lo que no le digo es que veo el busto de ella en el altar, en el sitio de la custodia, y lo que me callo es que en lugar de decir Ave María Gratia Plena, estoy diciendo Michita Carreño, Michita Carreño, Michita Carreño, y lo que no le digo es que cuando viene a buscarle a usted padre Medina, cuando viene a confesarse, yo tengo que rezar el Acordaos una y otra y otra vez. Y en qué puedo servirla señorita Miche, y verá hermanito, vengo a pedirle un favor muy, pero muy especial, y mentalmente el Acordaos, sí, se trata de algo que solo usted puede hacer, si no puedes pasar por encima de la tentación, Dios mío, acúseme padre, acúseme que cuando yo digo por encima, me imagino encima, levantándome el hábito, sosteniéndome con los dientes el filo, y ni sé qué santo decía pasa por debajo, y debajo, pero como un gusano, debajo, por entre las piernas de ella, abiertas. Y, hoy día voy a tener otra vez sueños terribles y voy a llorar mordiendo la almohada y a revolearme en el infierno de mi carne caliente y de mi pequeña cama dura, pero eso sí, pro-

métame que va a hacerme el favor, hermano Hermenegildo.

—«Un terrible sacrilegio, mire Mercedes, usted sabe cómo les considero yo a ustedes, si le digo esto es porque me siento obligado, creo ser su padre espiritual y sé que su alma está en peligro, por eso quiero que se arrepienta, que se incline ante mí como ante el representante de Dios en la tierra, que llore de arrepentimiento». Tiene que ser un sermón en regla. Y el padre Medina lo prepara mentalmente, lo retoca, mide el efecto de cada palabra. Y otra vez, en su mente, lo comprueba, «hija mía, mi mano está lista para darle el perdón y solo espero...».

—Cómo estaba vestida la Carreño, no será ella la mujer que te atormenta en sueños hermano, sabes qué uso infame habrá dado al Óleo Santo, al Óleo de las Unciones, sabes que has cometido un sacrilegio entregándole algo tan sagrado, sabes para qué es empleado el óleo por la gente satánica, para conjuros, para hechizos, para preparar brebajes, para qué fin te pidió, cómo pudiste entregarle tal cosa hermano Hermenegildo, tienes que castigar tu carne; tiene que hacerme el favor; tienes que ayunar; el favor; mortificarte; le estoy mortificando, pero tengo tanta confianza en usted; yo no puedo; sí puede. Y la mano sedosa, gatuna, cálida, en las mías. Tengo vergüenza, mis manos rojas del barrido y de tanto sacar agua bendita y de llamar a misa y, no sea malo hermanito. Tengo miedo, la iglesia oscura, la llama del Sagrario, sola, parpadea. Súbitamente, los querubines de la Inmaculada vuelan, zumbando, por encima de mi cabeza. Y la iglesia es una colmena, los querubines chocan entre sí, se ríen con una risita de yeso despintado, los arcos de la nave están llenos de miel, son dorados pa-

nales, la miel chorrea por las paredes. Ya no tengo miedo, la Inmaculada no es la Inmaculada, es la Michita sonriéndome desde el pan de oro polvoriento del nicho, sonriéndome, con sus alas plateadas y su pie que pisa la serpiente, la Michita. Tomo la pequeña redoma de plata, el zum, zum, zum de las abejas-querubines cubre todo ruido, incluso el del latido de mi corazón, que es el peor de todos, y que a veces no me deja dormir. Tienes que dominar tus instintos, hermano; ay, hermanito, que Dios le pague; y vas a empezar esta noche; tome una limosnita; ay, no, no, señorita Miche; tome, tome, yo sé que usted necesita; necesitas mortificarte, dominar tus pasiones, no vas a ir a tu celda, amanecerás en la iglesia, pidiéndole al Señor, de rodillas, que te perdone tu horrible pecado.

«—Mire Mercedes, usted sabe cómo les considero yo a ustedes, si le digo esto es porque me considero su padre espiritual y sé que su alma está en peligro, hija, usted conoce mi afecto por su familia, yo estuve a la cabecera de su padre cuando murió, claro, llegué un poco tarde, pero por lo menos pude encomendar su alma a Dios. Hija mía, mi mano está lista para darle el perdón y yo solo espero su arrepentimiento...».

El frío de la madrugada adormece al hermano Hermenegildo, la fatiga vence al terror de la noche de vigilia, de la iglesia ya sin colmena, ni querubiniabejas, ni sonrisa tenue de rayo que ilumina, amada o descarrada; el silencio ahueca su pecho, cada latido cava, cava, cava cuerpo adentro, al final, se desploma. El lego que limpia la iglesia lo recoge a las tres y media, vamos a que duerma en la celda, no, no. El hermano Hermenegildo cree que es un ángel, que está más allá de la muerte, se desprende del lego, aterrado, no,

venga hermano, venga, vamos. «Le acosté en la celda, parecía muerto, todo él sucio, lloroso, el pobre».

«—La he hecho llamar porque usted es la causante del grave pecado cometido por uno de nuestros hermanos, sabe que ha puesto a un alma al borde del infierno, obligándola a cometer un terrible sacrilegio, mire Mercedes. Usted sabe...» Padre Medina, usted dice que yo he obligado a cometer sacrilegio, y esto, ¿qué es?, ¿no es sacrilegio, también, revelar confesiones? «Y se levantó, cruzó el presbiterio, se arrodilló, y yo, pero, espere, no era confesión, mujer pecadora, alma abominable... Nunca volvió a confesarse conmigo, ni a recibir de mis manos la comunión».

Esa noche el padre Medina permanece de rodillas al pie de su duro lecho, llora, «es por un alma que se pierde Señor, un alma que abandona el redil... ¿o será por orgullo?» Lloro. El frío de la madrugada lo despierta con la cara húmeda, que se hunde en una almohada remordida.

—Ay padrecito Medina, lo que es la vida, anoche he vuelto a tener esos malos sueños de antes, he vuelto a sentir tentaciones, a esta edad hermano Hermenegildo, ya más bien prepárate a bien morir, fíjate, este Alberto Carreño que venimos enterrando debe ser setentón como vos y yo, hombre, ya es hora de irse preparando, ay, padrecito usted sabe lo débiles que somos los humanos, vaya, acúseme de una vez por mi sueño, pero hermano, si ya te he dicho que los sueños, bueno, digamos por el pensamiento, ya hombre, ya, sentiste algo —silencio de polvo y sol—, sí, te absuelvo, te absuelvo, anda rezando el Señor mío mientras caminamos. Y después del rum, rum, rum a mí me pesa Señor, rum, nunca más, rum, apartarme de las ocasiones, rum, rum, ¿no me dirás hermano Herme-

negildo que los malos pensamientos eran otra vez con la Miche Carreño?

Miraron de reojo a las tres viejas: Mercedes y Victoria Carreño y María Matilde Saldariaga, envueltas por la edad, el luto y el sol polvoso de silencio, al volver del cementerio.

—¡Ay, padre Medina, usted también! Hubo una risita doble, caduca, taimada.

(De *Los tiempos del olvido*, 1977)

MERCEDES O LOS TIEMPOS DEL OLVIDO

—¿A quién estarán enterrando, hijita?
—No sé mamita, apúrese, porque parece que va a llover, acabemos de rezar y volvámonos.

—Ay, ojalá que no llueva todavía, porque hay que echar una limpiadita a la lápida.

Limpiaron el mármol, lo limpiaron con amor, mientras ronroneaban «perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores»...

Por Dios, si yo te dije que no quería tomar el chocolate, Victoria, y pensé eso me había hecho mal, hasta que vi que la Angustias Tizón venía con el faldellín enjoyado, con el que se había hecho retratar, en esa foto que tenía mi madre guardada en el baúl de cuero, y me dijo:

—Michita Carreño qué gusto de verte. Y me acordé de cuantío éramos jóvenes y ella dijo exactamente lo mismo y yo supe, entonces, que era cierto, que se alegraba de verme, como ahora sabía que me estaba muriendo, que ya me había muerto.

—Terrible ha de ser hijita, morirse y no tener ni quien le acompañe, Jesús, Santo Dios.

—Apúrese mamita, que nos van a caer las aguas.

Cerraron la pequeña puerta de hierro encristalado y se santiguaron. La vieja miró una vez más el nombre grabado en la piedra rosácea de la lápida y movió los labios casi imperceptiblemente.

Y yo que no podía decirte: Angustias, pero si ya hace tiempo que supe que te habías muerto, porque te veía como siempre quise verte, con el faldellín enjoyado, como en la foto de lata y con esa cara de porcelana que tenías antes de que papá nos prohibiera que las volviéramos a ver.

—¿De dónde vienen, vecinitas?

—Del cementerio, vecina.

—Sí, hoy día tres años de la muerte de papacito.

—¡Tres años ya!

Tres años... Fue un silencio en el que los años caían en meses, semanas y días, pesadamente, como pájaros de plomo.

—Ay, lo cierto es que yo a mi prima Angustias, la quería como a nadie. Por eso, sufrí, ¡cuánto sufrí! cuando papá dijo: «casarse con un bastardo liberal, ustedes no volverán a ver a esa gente nunca más»; con esa voz tan densa que tenía papá para algunas cosas, que no quería decir nada más que eso: «nunca más»... mientras él estuviera vivo. Y yo no podía desear que papá desapareciera para volver a ver a mi prima querida; y no lo deseé.

—¿De quién sería el entierro que nos alcanzó en el cementerio?

—De algún pobre ha de haber sido, porque no había casi nada de acompañamiento, vecinita.

—Ele no, qué es pues vecina, si era de una de las viejitas Carreño.

—¿De cuáles Carreño, vecinita?

Cuando pasó lo de papá, sin embargo, ella vino. Un hombre uniformado trajo un ramo enorme de rosas blancas, le vi desde la galería y se me volteó el corazón. Bajé como una flecha a recibir la ofrenda, porque pensé que era de él, de Gabriel, tenía una mezcla

de rabia y de los peores sentimientos... o a lo mejor un no sé qué de felicidad. Pero la tarjeta era del marido de mi prima.

—¿Qué hace aquí?, me dijo la Pepa. Váyase a la sala, no está bien que las niñas reciban las ofrendas florales. Volví en silencio a la sala, me senté, quería pensar en mi padre, inerte bajo la tapa de pino forrado de terciopelo fúnebre. No pude.

En la semipenumbra, las llamas de los cirios hacían poc, poc, poc; había un rumor de rosario, olía a agua florida, y mi hermana Victoria, con su cuello larguísimo parecía una garza en pena o un ángel del dolor. Cuando la Angustias Tizón apareció en la puerta, ella siguió lacrimosa e inmóvil, yo me levanté enseguida y la abracé. Nos fuimos a mi cuarto y hablamos a media voz. De todos los que habían venido al velorio era la única persona en cuyos ojos no se leía ese «¿cierto que se ha suicidado?».

«Lo peor de todo, es que lo hizo él mismo, él, que era incapaz de matar una mosca, se quitó la vida». Gemí. Y ella, silenciosa, con el mismo rostro de porcelana y las manos suaves entre mis manos y el rato de irse:

—Dios es bueno, Mercedes, no creas, se ha de haber salvado.

—De las Carreño que tienen la casa al frente de la puerta falsa de la iglesia de los padres, vecinita.

—Ah, va, va, de las hijas del finado Don Pepito.

—Ele, de esas, vecinita, de esas.

—Ve pues, todavía ha estado viva la unita, ¿no?

—No vecina, vivían dos. Ahora ha muerto la una y queda la otra, viva.

—Ah.

—¿A dónde vas Mercedes?

–Saluda a tu prima Angustias.

–Esta gente no es nada para mí, yo respeto la voluntad de mi padre.

Le di las espaldas a la Victoria, ay Dios mío, como siempre con sus teorías, como esa vez en el cumpleaños de la Chabelita, la hermana de la Angustias, cuando ese mocito Miranda empezó a enamorarme y me apretó mientras bailábamos y yo le dije: «No, enamorarse de uno de ustedes, ni estando loca, para que vayan y se hagan matar por los liberales y quedarse viuda antes de hora?, no; gracias».

Yo estaba colorada y sudorosa por el baile y el apretón y ella me dijo: «Vos si no te portas como una cualquiera ya no sois vos», y yo le vi a la Angustias en el jardín y corrí. Y corrimos juntas y la Victoria atrás gritándome Mercedes, Mercedes, Mercedes...

–¿Cuál será la que ha muerto?

–La mayor ha de ser pues, vecina.

–¿Cómo se llamaba?

–Oiga, lo que ya ni me acuerdo, Jesús, con los años una pierde hasta el recuerdo.

–Mamita, ha de ser de irnos, porque ya pasó la lluvia.

Decirle eso a la Angustias, no, si mi hermana siempre tuvo sus majaderías. A la Angustias, que me dijo, créeme, tenía un miedo de que no me recibieras, pero vine, porque ante todo está lo mucho que nos hemos llevado. Y yo le dije:

–Claro, claro. Me di la vuelta para acompañar a mi prima hasta abajo, pero la Victoria me puso la mano en el hombro, empezó a hundirme las uñas y yo sin poder moverme, se me iban las lágrimas y la Angustias me hizo un gesto y tomándome la mano murmuró deja, deja. Soltó mis dedos, y se fue.